

## En defensa de la democracia liberal. Las ideas políticas de Jean Améry entre utopía y humanismo

Luca Giancristofaro<sup>1</sup>

### INTRODUCCIÓN

Para quien tuvo que experimentar en carne propia la falta de toda libertad, la persecución y la tortura, la democracia liberal es un bien demasiado valioso como para echarlo a perder, sobre todo cuando la alternativa real es representada por formas de dominio autoritario. Jean Améry (Viena 1912-Salzburgo 1978), pseudónimo de Hans Maier, por su origen judío tuvo que experimentar el exilio en Bélgica y el campo de concentración nazi.

El escritor austríaco fue ensayista, publicista y crítico de la cultura; a pesar de que no se le suele definir como un filósofo en sentido estricto, sus escritos tienen un innegable carácter filosófico. Améry reflexiona a menudo a partir de su propia experiencia personal y la subjetividad se convierte en el punto de partida para acceder a la comprensión de la realidad. De ahí que el género predilecto de Améry sea el ensayo autobiográfico, en que la reflexión sobre la experiencia personal tiende a ampliarse y profundizar en temas de carácter más universal. Es el caso del ensayo sobre la condición del intelectual en Auschwitz<sup>2</sup>, del ensayo sobre la condición universalmente humana y «escandalosa», según Améry, del envejecer<sup>3</sup>, y también del ensayo, que se revelará tristemente premonitorio, sobre el suicidio<sup>4</sup>.

No debe sorprender, por tanto, que incluso la reflexión política del autor austríaco esté marcada y se defina a partir de su propia experiencia, en concre-

---

1 Becario del programa *Cinc Segles* de la Universitat de València, en el Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política de la misma universidad.

2 *Más allá de la culpa y expiación*, (Enrique Ocaña, tr. esp.), Pre-Textos, Valencia, 2001. Título original: *Jenseits von Schuld und Sühne*, Szezesny Verlag, 1966.

3 *Reuelta y resignación. Acerca del envejecer*, (Marisa Siguan y Eduardo Aznar, tr. esp.), Pre-Textos, Valencia, 2001. Tít. original: *Über das Altern*, Klett-Cotta, 1968.

4 *Levantarse la mano sobre uno mismo*, (Marisa Siguan y Eduardo Aznar, tr. esp.), Pre-Textos, Valencia, 1998. Tít. original: *Hand an sich legen*, Klett-Cotta, 1976.

to la de exiliado a causa de las leyes raciales de Nuremberg y posteriormente de activista en la resistencia belga contra la ocupación nazi. Améry comparte con muchos otros autores de su época la tragedia vergonzosa de la *Shoá*, sin embargo, el caso específico de Améry demuestra todavía más patentemente la insesatez y la injusticia de esas leyes, puesto que el autor no era judío practicante y se había criado en ambiente católico. Para él, como para muchos otros, esas leyes infames le obligaron a ser lo que no era, siendo en realidad simplemente un «no – no judío»: «los de Nurmberg me habían alienado de mí mismo mediante la proclamación de un edicto en el que se aseguraba que yo era aquel y *solamente* aquel, nada más»<sup>5</sup>. Por eso Améry, en el último capítulo del ensayo sobre Auschwitz, hablará de la «obligación e imposibilidad de ser judío».

Así las cosas, la reflexión de Améry sobre la democracia no puede eludir su experiencia de víctima del nazismo. Para mi análisis del pensamiento político de Jean Améry respecto a la democracia, pasaré revista de algunos artículos del 69 y de su biografía intelectual (*Unmeisterliche Wanderjahre*, aparecida en el 71 pero elaborada a partir del 69), en la cual la discusión sobre el concepto de democracia está enfocada, una vez más, desde el punto de vista de la subjetividad.

#### ENTRE UTOPIA Y HUMANISMO

Utopía y humanismo son dos paradigmas entre los que se mueve la reflexión política de Améry. Mas la utopía de Améry no coincide exactamente con la concepción de Tomás Moro. A su modo de ver, a finales de los 60 el término «utopía» se ha convertido en una moda, un uso lingüístico que sustituye el concepto de «ideal». El ideal, que se define ahora «utopía», «en el que conceptualmente se puede reconocer también una buena dosis de temporalidad e historicidad, es arrancado del ámbito de las ideas»<sup>6</sup> y puesto sobre los pies, afirma el autor.

En su artículo del 1969 titulado «Fuerza y peligro de la utopía» (*Gewalt und Gefahr der Utopie*), Améry distingue entre dos tipos de utopías que, a su entender, dominan el panorama intelectual de su tiempo. Una es la utopía social (*Sozialutopie*), de carácter humanista para Améry, que defienden los neomarxistas influidos por la «utopía concreta» de Ernst Bloch; la segunda es la utopía técnico-científica, que Améry identifica con las derechas. Una divi-

---

5 J. AMÉRY, *Años de andanzas nada magistrales*, (M. Siguan y E. Aznar, tr. esp.), Pre-Textos, Valencia, 2006, p. 68.

6 J. AMÉRY, «Gewalt und Gefahr der Utopie», *Werke. Aufsätze zur Philosophie*, Klett-Cotta, Stuttgart, 2004, p. 485.

sión neta es, sin embargo, imposible, porque también la utopía social, basada en la esperanza de un futuro mejor, de una sociedad más justa, debe aceptar que la técnica pueda ser un medio útil para la humanidad. De hecho, las grandes utopías del pasado eran técnicas y sociales al mismo tiempo.

La diferencia fundamental entre las dos estriba en que la utopía técnico científica, en su afán por dominar el mundo y el futuro, pretende calcularlo todo: la técnica ya no es sólo una herramienta en las manos del hombre, sino que haciéndose autónoma lo supera. Por eso afirma Améry que en la utopía social el hombre es todavía la unidad de medida [*das Mass des Menschen*], mientras que en la utopía técnica-científica ha dejado de serlo, convirtiéndose en mero número.

A la base de estos dos tipos de utopías hay principios muy distintos; a saber, la utopía social se basa en el «principio esperanza» ya postulado por Ernst Bloch, mientras que la utopía tecnocientífica es animada por el «principio *hybris*». El principio *hybris*, que Améry no entiende obligatoriamente en sentido negativo, sería el agente que impulsa al dominio de la naturaleza por parte del hombre, y la forma de acción utópica correspondiente se traduce en hacer que las cosas estén al servicio del hombre.

#### EL PRINCIPIO ESPERANZA Y EL PRINCIPIO *HYBRIS*

Améry se sirve de la reflexión de Bloch para introducir su reflexión sobre el problema de la utopía, y esto por dos razones: primero, porque cree que el uso que se hace habitualmente del término «utopía» y su correspondiente abuso es reconducible a la influencia de Ernst Bloch, en concreto a su obra *Geist der Utopie* (Espíritu de la utopía), aparecido 50 años antes (1918); en segundo lugar, el autor austríaco está convencido de que la utopía, como fenómeno histórico y psicológico, es en gran medida reducible a esperanza —esperanza *frustrable* (*enttäuschbare Hoffnung*). En efecto, en su ensayo «¿La esperanza puede ser frustrada?»<sup>7</sup>, Ernst Bloch sostiene que la esperanza debe poder ser frustrable (*enttäuschbar*), porque lleva dentro de sí el azar y porque, aunque se de concretamente, nunca puede darse con hechos firmes.

En cuanto que Améry reconduce el uso frecuente del término «utopía» a la influencia intelectual de Ernst Bloch, reconoce en el concepto moderno de utopía una tendencia a lo terrenal, a lo temporal y histórico. Bloch habla de *utopía concreta* (*konkrete Utopie*) y según Améry eso entienden también los neomarxistas de su época. «Quien piensa en una utopía, piensa en el *reino del hombre en la tierra*: este es el primer punto y el más importante, que hay que

---

7 Contenido en el volumen *Verfremdungen I*.

mantener»<sup>8</sup>. La utopía es realizable, sin embargo (dado que se funda en la esperanza, que es frustrable) la posibilidad de su realización no está garantizada. En los casos en que ya está garantizada no se puede definir en rigor como utopía, porque ya no le subyace el principio esperanza, sino el «principio *hybris*»<sup>9</sup>.

Marx, según Améry, dejó en herencia a los marxistas el riesgo de la libertad. Este riesgo comprendía el peligro de que el principio esperanza, surgido de la fe y crecido en ella con el paso del tiempo, desembocara de nuevo en el principio de la fe. Lo que Bloch llamó «utopía concreta» se convirtió en la utopía *concretada* de los países socialistas y comunistas.

Así las cosas, la *crítica a la utopía* se convirtió en cosa de la derecha, en el sentido más amplio del término. Como paradigma de la crítica de las derechas a la utopía social, Améry cita Karl Popper y su ensayo «Utopia and Violence» (1963). Según Popper,

la actitud utópica está contrapuesta a la racional [*vernünftig*]. Incluso cuando el utopismo se presenta a menudo bajo un disfraz racionalista, no es más que un pseudo-racionalismo [...] Lo que cautiva del utopismo, creo yo, deriva de la escasa comprensión de que no podemos crear ningún paraíso en la tierra. Lo que en cambio podríamos hacer es, como yo creo, hacer la vida algo menos terrible y algo menos injusta en cada generación. De esta forma se puede conseguir mucho. En los últimos cien años se ha conseguido mucho...<sup>10</sup>

En realidad, a juicio de Améry, este tipo de crítica a la utopía está diseñada sobre la medida de la «utopía concretada» de los países comunistas – sobre una utopía, por tanto, que asumiendo el riesgo de la libertad fracasó, y que en su falsa realización se negó a sí misma. Sostiene Améry que la derecha, en su convicción de que, en el sentido de Popper, no se puede construir «ningún paraíso en la tierra», está dispuesta a menudo a prescindir totalmente del hombre y a dirigir su mirada sólo al futuro próximo y cercano, de modo que el sueño es desplazado desde el hombre hacia las cosas: en los «aparatos».

¿Sería justo hablar de un cierto irracionalismo del pensamiento utópico-social moderno, se pregunta Améry? Indudablemente hay ciertos rasgos de irracionalidad. Améry remarca que el concepto de utopía de los 60, es decir, el concepto de utopía de la izquierda, tiene una tendencia a lo terrenal, lo temporal, lo histórico. Se debe realizar, como sostienen tanto Marx como Bloch, el reino del hombre en la tierra, por tanto *en la historia y a partir de ella*. Sin

---

8 J. AMÉRY, «Gewalt und Gefahr der Utopie», cit., p. 486.

9 *Ibid.*, p. 486.

10 *Ibid.*, p. 490.

embargo, evidencia Améry, esta representación utópica tiene algo de religión secularizada: en su evocación de una diferencia cualitativa entre el presente y el mañana libertador ha conservado la *forma religiosa de la esperanza*. Al reino del hombre en la tierra se contrapone como amenaza la desilusión. Sin embargo, la filosofía de la utopía, afirma Améry, «es una filosofía con la vocación a cambiar al mundo. Si *puede* cambiarlo también, eso es parte del riesgo de la libertad [...] En consecuencia el futuro —por tanto la utopía— en tanto que se nutre del principio esperanza, *no ha empezado todavía*»<sup>11</sup>.

#### LAS UTOPÍAS DESEMBOCAN EN IRRACIONALISMO

En todo caso, Améry no pretende ofrecer una demonización ingenua, peligrosa, y en última instancia reaccionaria, de la técnica y del cientificismo. Quiere señalar, más bien, una contradicción insoluble. La tecnicidad y el cientificismo son principalmente, para Améry,

los presupuestos de la superación humana; son además los primeros portadores de la utopía, del antiguo sueño de una vida mejor y más digna. Al mismo tiempo, sin embargo, en cuanto hayan alcanzado un cierto estadio, parecen dar un salto cualitativo: entonces debe considerarse la posibilidad de que se vuelvan a un tiempo en contra de sí mismos y del hombre, y que en definitiva conduzcan a la anti-utopía.<sup>12</sup>

La utopía técnica que cela el principio *hybris* pretende liberar la esperanza de la posibilidad de su frustración. Se podría decir, según Améry, que el peligro de la utopía social está en un milenarismo irracional, mientras que la amenaza de la utopía técnica consiste en un super-racionalismo que aumenta hasta el absurdo.

Sin bien la utopía social está cargada ideológicamente, evidencia Améry, tampoco la utopía técnico-científica, que se considera racional, está tan libre de ideologías como sostienen sus defensores. En efecto, revela una concepción científica positiva que entiende *una* posibilidad como la *única* posibilidad. «Prolonga la creencia en que exista un conocimiento neutral y que sea alcanzable una epistemología depurada lógicamente o que, en cualquier caso, debería conseguir a la larga eliminar toda valoración y normatividad»<sup>13</sup>.

Por tanto, concluye Améry, si la utopía técnico-científica lleva dentro de sí elementos de una ideología de lo existente, en última instancia es conservadora;

---

11 *Ibíd.*, p. 496.

12 *Ibíd.*, pp. 502-503.

13 *Ibíd.*, p. 507.

y respecto a ella la utopía social basada en el principio esperanza aparece bajo una nueva luz como revolucionaria. El mundo de los hechos políticos se presenta también en este sentido: la futurología científica y su metódica más moderna están políticamente e ideológicamente al servicio del orden social constituido. No es una coincidencia, señala Améry, que todos los *think-tanks* de la derecha en EE.UU. estén subvencionados por el gobierno o por grandes empresas. La utopía social vive en condiciones menos opulentas: en los estudios de un par de pensadores, en círculos estudiantiles, en algún instituto universitario.

Mas Améry admite que la utopía social de la izquierda neomarixta, el «reino del hombre en la tierra», es tanto buena como vacía en contenido. Ya no es posible, por evidentes razones, orientarse a las realizaciones del socialismo práctico, y la Unión Soviética no expresa una imagen de sociedad socialista que sea aprovechable. Así las cosas, la utopía social se aleja de su propio territorio, se limita a ser una crítica del sistema, negación y contestación.

En definitiva, tanto la utopía social como la utopía técnica desembocan, a juicio de Améry, en irracionalismos: uno resultado del principio *hybris*, el otro del principio esperanza.

Sin embargo, esto no significa, para Améry, que la utopía en general se haya acabado:

Ambas formas de utopía [...] la del principio *hybris* y la del principio esperanza, la social y la técnico-científica, son cada una un constituyente de la existencia humana. Es imposible vivir sin esperanza: y nadie puede existir sin querer controlar el futuro calculándolo. Ambos intentos por aprehender el mañana son constantemente frustrados ante la realidad. [...] Los cálculos se demuestran cada vez equivocados, como las previsiones del Pentágono sobre el curso de la guerra de Vietnam. La utopía, sin embargo, seguirá existiendo – con sus inherentes contradicciones, con su *fuertza* y su *peligro*.<sup>14</sup>

Dirá Améry en otro ensayo titulado «Seguir viviendo —¿pero cómo?», que sólo ambas utopías juntas, no simplemente coexistiendo, sino cooperando de forma complementaria, podrían convertirse en un poder efectivo, que el hombre sería capaz de oponer a la amenaza ciega del futuro<sup>15</sup>.

La utopía política de Améry, según Franz Lerchenmüller, era fundamentalmente «el ideal de la ilustración burguesa: la imagen de una libre unión de individuos responsables, despiertos, tanto tolerantes como dispuestos a

14 *Ibid.*, p. 510.

15 J. AMÉRY, «Weiterleben – aber wie?», en *Werke. Aufsätze zur Philosophie*, Klett-Cotta, Stuttgart, 2004, p. 523.

luchar» contra cualquier forma de dominio autoritaria<sup>16</sup>. Améry concebía entonces la democracia ideal como una fusión de hombres rectos e inteligentes. La economía, en esta comunidad de carácter social-idealista, jugaba por desgracia un rol secundario, ya que por «izquierda» Améry entendía más bien un *humanismo radical*. La tradición humanista es, en efecto, otro gran referente para el pensador austríaco, que puso siempre al hombre por encima de las ideologías; por eso el intelectual Améry se escapa a las definiciones tradicionales: que se le considere un conservador liberal o un demócrata progresista, lo decisivo en Améry es que mantuviera siempre fidelidad a los ideales de un humanismo radical, como él mismo lo definía.

#### EN DEFENSA DE LA DEMOCRACIA LIBERAL

En 1969, después de haber analizado en *Más allá de la culpa y la expiación* la experiencia extrema de la tortura y la condición del intelectual en el campo de concentración, y después de haber investigado en otro ensayo el proceso humano «inevitable y escandaloso» del envejecer, Jean Améry siente que ha llegado el momento de hacer balance con su camino intelectual y de vida.

Améry presenta su autobiografía como si fuera una anti-novela de formación, puesto que a su juicio no tiene nada de ejemplar ni grandioso: en contraposición al *Bildungsroman* clásico, sus años de formación no tienen nada de magistral (aludiendo con este adjetivo al Wilhelm Meister de Goethe).

Los capítulos de los «años de andanzas» describen una progresión cronológica desde 1930 hasta 1960, y están encadenados por un hilo conductor común: el proceso de reflexión sobre sí mismo, o de *autoimpugnación* como el mismo Améry lo define.

La forma de representar su camino intelectual a partir de los años treinta está influida por la constante confrontación con el clima político del '68. Desde un punto de vista hermenéutico, el intento de interpretación del pasado que Améry lleva a cabo nace de su conciencia de ruptura con el mundo anterior. Améry renuncia desde el principio y de forma programática a la «objetividad» de su análisis. En los «años de andanzas» los interrogantes intelectuales están íntimamente relacionados con los acontecimientos biográficos; la cronología de la vida marca también la sucesión de los temas históricos, políticos y filosóficos.

A partir de su dolorosa vivencia, en concreto del exilio a causa de un régimen autoritario y discriminatorio con los judíos, Améry reivindica el valor de la democracia formal en todo caso, aun con todos los límites representados por el supuesto dominio de una clase social sobre las otras. El autor quiere hacer hinc-

---

16 F. LERCHENMÜLLER, «Die politische Utopie Jean Amérys», en S. STEINER (Hg.), *Jean Améry*, Stroemfeld/Nexus, 1996, p. 114.

pié en el peligro de criticar y desmontar la democracia cuando a ésta se le oponen formas de dominio autoritarias, que constituyen la falta de toda libertad.

En un capítulo de *Años de andanzas nada magistrales*, titulado significativamente «Debacle», Améry analiza tanto el fracaso de su camino intelectual, por haber creído que el neopositivismo del Círculo de Viena y la literatura de los alemanes exiliados representasen un amparo suficiente contra el enemigo nazi, como la derrota de la «democracia burguesa» frente a la avanzada de las tropas alemanas. Sin embargo, el autor critica también la actitud de los comunistas que por entonces tachaban de «fascistoide» a la democracia liberal: para él, que sufrió la falta de libertad personal y la represión, la «democracia formal», aun con todos sus límites, representaba un marco en el que el individuo podía expresarse libremente.

Que el pluralismo aparente, por muy miserable que fuese, siempre sería mejor que la abierta dictadura que ya no se sentía obligada ni siquiera a la apariencia, que la tolerancia represiva era preferible, en todos los casos, a la intolerancia represiva, le parecía evidente y no ha dejado de parecérselo»<sup>17</sup>.

## CONCLUSIONES

Las reflexiones de Améry sobre la utopía, y especialmente la crítica al poder absolutizador de la tecnociencia, no dejan de ser actuales. Han pasado 40 años desde aquel ensayo, y hoy el peligro de un mundo en que el hombre pase a ser simplemente un número, un instrumento al servicio del progreso tecnocientífico, es todavía más acuciante que por entonces. Hoy hablar de humanismo suene tal vez anticuado, mas sin por ello entendemos la necesidad de volver a poner al hombre en el centro de las actividades humanas, puede que las palabras de Améry nos resulten todavía actuales y aprovechables.

Su concepción de la democracia formal como baluarte frente a las formas de dominio autoritarias, tal vez suene hoy trivial o limitada respecto a la reflexión sobre la democracia que muchos autores han desarrollado después, mas no debemos olvidar el contexto histórico-político en que escribió Améry: la constante confrontación con el 68 y con los ideales revolucionarios, por un lado, y el triste destino de los países socialistas, por otro, le inducían a defender el único espacio en que las libertades personales, los principios de justicia y tolerancia eran todavía salvaguardados: es decir, la democracia liberal.

---

17 J. AMÉRY, *Años de andanzas nada magistrales*, cit., p. 90.